

Martin Lutero  
CARTA SOBRE EL DURO LIBRITO CONTRA LOS CAMPESINOS  
(1525)

[Nota: texto escaneado a partir de la edición: Martin Lutero, *Escritos políticos*, Tecnos, Madrid, 2001, pp. 103-126.]

Después de la batalla de Frankenhausen y del aplastamiento de los campesinos, Lutero aparecía como el gran responsable de la derrota por haber animado a los señores a emplear toda su fuerza contra los campesinos. El reproche de «adulador de príncipes» se hizo general. Lutero guardó silencio, interrumpido al final de mayo con un breve escrito *Una historia terrible y el juicio de Dios sobre Thomas Müntzer (Schreckliche Geschichte und Gericht Gottes über Thomas Müntzer)* y con el sermón del día de Pentecostés, 4 de junio de 1525: *Responsabilidad de D. Martin Luther por el librito contra los campesinos ladrones y asesinos (Verantwortung D. Martin Luther auf das Büchlein wider die räuberischen und mörderischen Bauern, getan am Pfingstage im Jahre 1525)*.

Las críticas a Lutero aumentaron cuando se conoció que se había casado el 13 de junio de 1525, con Katharina von Bora, no tanto por abandonar el voto de castidad, sino por casarse en un momento tan crítico en el que la guerra de los campesinos aún continuaba en algunos lugares.

A comienzos de julio escribió esta *Carta sobre el duro librito contra los campesinos* para explicar y justificar su posición ante la revuelta de los campesinos.

La traducción de *Ein Sendbrief von dem harten Büchlein wider die Bauern* sigue el texto de la edición de Weimar: WA 18, 384-401.

*Al honorable y juicioso Caspar Müller, Canciller en Mansfeld,  
mi buen amigo, gracia y paz en Cristo.*

Honorable y juicioso señor: he tenido que contestar a vuestra carta en forma impresa porque son muchas las quejas y las preguntas sobre mi librito contra los campesinos rebeldes, en el sentido de que el librito no es cristiano y es demasiado duro, aunque me había propuesto cerrar mis oídos y dejar que los corazones ciegos y desagradecidos, que sólo van buscando en mí un motivo para escandalizarse, se sumieran en el escándalo hasta que se pudrieran en él, ya que de mi otro librito no han aprendido tanto como para querer incluso que ese juicio tosco, malo y terrenal, se acepte como correcto. Pensé en las palabras de Cristo en *Juan 3, 12*: «si no creéis cuando os hablo de cosas terrenales, ¿cómo creeríais si os hablara de cosas celestiales?», y en que, cuando los discípulos le dijeron: ¿sabes que los fariseos se escandalizan de estas palabras?, les dijo: «dejad que se escandalicen, son ciegos y guías de ciegos», *Mateo 15, 14*.

Gritan y dicen ahí, ahí se ve el espíritu de Lutero, que enseña que se derrame sangre sin misericordia alguna; el diablo debe de hablar a través de él. Bueno, si no estuviera acostumbrado a ser juzgado y condenado, esta crítica me alteraría. Pero no encuentro en mí mayor vanidad que mantener mis actuaciones y mis enseñanzas, primero, y dejar que las crucifiquen. Nada tiene valor para nadie si no puede juzgar a Lutero. Lutero es el blanco y la meta de la crítica, con quien cada uno ha de intentar hacerse caballero y ganarse un tesoro. Todo el mundo tiene en este asunto un espíritu más elevado que el mío. Yo debo de ser enteramente carnal y si Dios quiere que ellos tengan realmente un espíritu más elevado, me gustaría entonces ser carnal y decir también lo que S. Pablo dice a sus corintios: «sois ricos, estáis saciados, gobernáis sin necesidad de nosotros»<sup>1</sup>. Pero me temo que no tienen realmente un espíritu elevado. Pues no veo que hagan nada especial, excepto cosas que los lleven finalmente al pecado y al oprobio.

Ellos no ven cómo tropiezan en este enjuiciamiento y cómo descubren los pensamientos de su corazón en esta crítica, como dice Simeón respecto de Cristo en *Lucas 2, 34*. Dicen que se dan buena cuenta del espíritu que tengo yo. Yo también observo cómo han captado y aprendido el Evangelio. Sí, no saben un ápice de él, aun cuando hablan mucho de él. ¿Cómo iban a saber lo que es la justicia celestial en Cristo, según el Evangelio, si todavía no saben lo que es justo terrenalmente, en la autori-

---

<sup>1</sup> Vid. *1 Corintios 4, 8*.

dad secular según la ley? Estas gentes no merecen oír la palabra ni ver la obra con las que se perfeccionarán; deberían estar escandalizados, como les ocurrió a los judíos con Cristo, porque su corazón está tan lleno de malicia que no desean sino escandalizarse, a fin de que se cumpla en ellos lo dicho en el *Salmo 17*: «con los perversos eres perverso», y en el *Deuteronomio 32, 21*: «yo les daré celos con un pueblo ilusorio y los irritaré con un pueblo fatuo».

Estos eran los motivos por los que quería guardar silencio y quería dejar que se escandalizaran, para que chocaran merecidamente con el escándalo y perecieran cegados, estos desagradecidos que no han aprendido nada hasta ahora de la grande y clara luz del Evangelio, difundida por doquier con tanta abundancia, y que tanto han despreciado el temor de Dios que no miran ya nada evangélicamente; sólo juzgan y desprecian a los demás y se creen que tienen un gran espíritu y un elevado entendimiento, y de la doctrina de la humildad sólo captan soberbia, lo mismo que la araña sólo chupa el veneno de la rosa. Pero aunque vos no necesitáis enseñanza para vos mismo, sino para tapan la boca a estas gentes inútiles, quiero hacerlos este servicio, por lo demás inútil, pues creo que os proponéis una empresa inútil e imposible. Pues, ¿quién podrá tapan la boca a un necio si tiene el corazón lleno de necedad y la boca habla de la abundancia del corazón?

En primer lugar, hay que advertir a los que critican mi librito que callen la boca y sean sensatos, pues seguramente también ellos son rebeldes en su corazón, para no cometer una imprudencia y ser también algún día ejecutados, como dice Salomón: «hijo mío, teme a Dios y al rey y no te mezcles con los rebeldes, porque su desgracia llegará de repente y ¿quién conoce su furor?», *Proverbios 24, 21, 22*. Ahí vemos que son condenados ambos, los rebeldes y los que se mezclan con ellos, y que Dios no quiere que estas cosas se tomen a broma, sino que hay que temer al rey y a la autoridad. Se mezclan con los rebeldes quienes se interesan por ellos, quienes también se quejan y los justifican y quienes tienen misericordia con aquéllos con los que Dios no la tiene, pues quiere que se les castigue y aniquile. Quien se interesa por los rebeldes da a entender suficientemente que si hubiera lugar y ocasión, también causaría desgracias, como había decidido en su corazón; por esto, la autoridad ha de tomar severas medidas para que callen la boca y se den cuenta de que es en serio.

Si piensan que esta respuesta mía es demasiado dura y me acusan de hablar con violencia y de tapan la boca, yo digo que esto es lo justo, pues un rebelde no merece que se le responda con la razón, pues no la acepta. Con el puño hay que contestar a estos bocazas, que les salte la sangre de las narices. Los campesinos tampoco quisieron escuchar ni se dejaron decir nada, por eso hubo que abrirles las orejas con bolas de arcabuz y las cabezas saltaron por los aires; para tal alumno tal palmeta. Quien no quiere escuchar la palabra de Dios por las buenas, escuchará al verdugo con la hoja.

Si dicen que en esto no soy clemente ni misericordioso respondo que, misericordioso o no, estamos hablando ahora de la palabra de Dios, que quiere que el rey sea honrado y los rebeldes aniquilados, y Dios es, al menos, tan misericordioso como nosotros.

No quiero escuchar ni saber nada de misericordia sólo quiero prestar atención a lo que quiere la palabra de Dios; por esto, mi librito ha de ser y quedar como justo, aunque todo el mundo se escandalice con él. ¿Qué me importa que no te agrada a ti, si agrada a Dios? Si él quiere que haya ira y no misericordia, ¿por qué vienes tú con la misericordia? ¿No pecó Saúl con la misericordia hacia los amalecitas por no haber ejecutado la cólera de Dios, como se le había ordenado? ¿No pecó Ajab por ser misericordioso con el rey de Siria, dejándole vivir en contra de la palabra de Dios? Si quieres tener misericordia, no te mezcles con los rebeldes, ten temor a la autoridad y haz el bien. «Si haces el mal, teme —dice Pablo—, porque no en vano lleva la espada.»

Esta respuesta sería suficiente para todos los que se escandalizan de mi librito y hacen críticas inútiles. ¿No es justo callarse la boca cuando se escucha que Dios así lo dice y así lo quiere? o ¿está Dios obligado a rendir cuentas a estos tipos ociosos por querer que las cosas sean así? Yo creo que sería suficiente con que Dios guiñara un ojo para callar a todas las criaturas; con mayor razón, si habla. Ahí está su palabra: «hijo mío, teme a Dios y al rey; si no, llegará de repente tu desgracia». Además, en *Romanos 13, 2* dice: «Quien se opone al orden de Dios, se atraerá su juicio». ¿Por qué tampoco aquí es misericordioso S. Pablo? Si hemos de predicar la palabra de Dios, hemos de predicar tanto la palabra que anuncia la ira como la que anuncia la misericordia. Hay que predicar tanto del infierno como del cielo y ayudar a avanzar la palabra, el juicio y la obra de Dios sobre los justos y sobre los malos, para que los malos sean castigados y los piadosos protegidos.

Y para que el buen Dios salga airoso ante tales jueces y se encuentre su juicio recto y puro, defendamos su palabra contra estos bocazas malvados y mostremos la causa de la voluntad divina, a fin de abrirle los ojos al mismo diablo<sup>2</sup>. Me reprochan que Cristo enseña: «sed misericordiosos como

<sup>2</sup> Literalmente «poner dos velas al diablo» (*dem Teufel zwei Kerzen auf stecken*).

vuestro padre es misericordioso». También: «quiero misericordia y no sacrificio». Más: «el hijo del hombre no ha venido para perder las almas, sino para salvarlas» y otros pasajes similares. Creen que con esto han acertado: Lutero tendría que haber enseñado a tener misericordia con los campesinos y, sin embargo, enseña que hay que matarlos sin dilación, ¿qué te parece?; vamos a ver si Lutero puede saltar por encima de estos textos; creo que está atrapado. Bueno, estoy agradecido a mis queridos maestros. Si estos elevados espíritus no me lo hubieran enseñado, ¿cómo lo habría aprendido o cómo lo habría sabido? ¿Cómo iba a saber yo que Dios exige misericordia, yo que he enseñado y he escrito sobre la misericordia más que nadie en mil años?

Aquí está el diablo en persona, que gusta de hacer el mal cuando puede y por eso instiga y ataca, incluso a los corazones buenos y piadosos, con estas cosas para que no vean que él es feo y que quiere hacerse hermoso con la apariencia de la misericordia. Pero de nada le servirá. Amigo mío, vosotros que alabáis tan excelsamente la misericordia porque los campesinos están derrotados, ¿por qué no la alababais cuando los campesinos vapuleaban, golpeaban, robaban, incendiaban y saqueaban en una forma que era terrible de ver y oír? ¿Por qué no eran también misericordiosos con los señores y con los príncipes, a los que querían exterminar por completo? No había entonces nadie que hablara de misericordia. Todo era justo, la misericordia se silenciaba y lo que valía y se ensalzaba era el derecho, el derecho, el derecho. ¡Ahora que están derrotados y que caen sobre sus cabezas las piedras que arrojaron contra el cielo no hay que hablar ya de derecho sino sólo de misericordia!

Y encima son tan torpes que creen que no se nota la bellaquería. Pues no, se te ve muy bien, negro y feo diablo, tú no ensalzas la misericordia por convicción y por amor a la misericordia; si no, la habrías ensalzado también respecto de los campesinos; tú tienes miedo por tu pellejo y quieres escapar al azote y al castigo de Dios bajo la apariencia y el nombre de la misericordia. No, querido camarada, has de aguantarte y morir sin ninguna misericordia. S. Pablo dice: «si haces el mal, teme, pues el poder no lleva la espada en vano, sino para la ira del que hace el mal»<sup>3</sup> y tú quieres hacer el mal y no sufrir la ira, sino cubrirte con la alabanza de la misericordia. Bueno, ven mañana otra vez que, además, te vamos a hacer una tarta. ¿Quién no puede hacer una cosa así? Yo también podría ir a la casa de alguien, deshonorar a su mujer e hijas, forzar sus arcas, arrebatarle el dinero y los bienes y ponerle la espada en el pecho diciéndole: si no quieres tolerar esto, te apuñalaré, pues eres un impío. Pero si viniera la servidumbre y me degollara o el juez me mandara decapitar y yo gritara entonces: eh, Cristo enseña que tenéis que ser misericordiosos y no matarme, ¿qué habría que decirle entonces?

Esto mismo es lo que hacen mis campesinos y quienes los defienden. Cuando han practicado con los señores toda clase de arrogancias, cual ladrones, asesinos y villanos, hay que entonar ahora el himno de la misericordia y decir: sed misericordiosos, como enseña Cristo, y dejad que hagamos estragos, como nos enseña el demonio; hacednos el bien y dejad que nosotros hagamos todo el mal posible; considerar bueno y justo lo que hemos hecho e injusto lo que hacéis vosotros. Amigo mío, ¿a quién le gustaría esto? Si a esto se llama misericordia, instituyamos este fino sistema, que no haya espada, autoridad, tribunal, castigo, verdugo ni cárcel, que todos los canallas hagan lo que quieran y si se les castiga, cantemos: oh, sed misericordiosos como enseña Cristo. ¡Ah, éste sería un orden perfecto! Ahí ves lo que tienen en su espíritu los que juzgan que mi librito niega toda misericordia. Son ciertamente rebeldes como los campesinos, y verdaderos perros sanguinarios o están seducidos por estas gentes, pues les gustaría que todos los vicios quedaran impunes y, bajo el nombre de la misericordia, son los mayores inmisericordes y crueles destructores de todo el mundo, en lo que de ellos dependa.

No, dicen ellos, nosotros no damos la razón a los campesinos, tampoco nos oponemos a su castigo, pero nos parece injusto lo que enseñas de que no hay que tener misericordia alguna con los campesinos, pues tú dices que hay que matarlos sin ninguna misericordia. Yo les respondo: si de verdad crees esto, yo soy de oro. Todo es una tapadera de tu arrogancia sanguinaria, pues internamente te agrada el modo de los campesinos. ¿Dónde he enseñado yo que no haya que ejercer la misericordia? ¿No está escrito también en ese librito que yo pido a la autoridad que sea clemente con los que se entreguen? ¿Por qué no abres los ojos y lees también ese pasaje? De hacerlo así, no habrías tenido necesidad de condenar mi librito y de escandalizarte. Pero eres tan ponzoñoso que sólo captas el pasaje donde escribo que hay que degollar sin dilación y sin misericordia a los que no se entreguen ni quieran escuchar y pasas por alto el otro pasaje en el que escribo que hay que tener clemencia con aquellos que se entreguen; ahí se ve muy bien que eres una araña que sólo chupa el veneno de la rosa y

---

<sup>3</sup> Vid. *Romanos* 13, 4.

no es verdad que no das la razón a los campesinos ni que amas la misericordia, pues te gustaría que la maldad quedara libre e impune y que la espada secular fuera anulada, pero tú no lo conseguirás.

Esto se dice a los no cristianos e inmisericordes perros sanguinarios que alaban los pasajes de la misericordia con el fin de que el vicio y la inmisericordia reinen en el mundo, según su perversa voluntad. A los demás que son seducidos por esas gentes o son tan débiles que no pueden comparar mi librito con las palabras de Cristo, se les dice esto: hay dos clases de reinos, uno es el reino de Dios, el otro es el reino del mundo; lo he escrito tantas veces que me sorprende que no se sepa todavía o no se tome nota de ello; quien sepa distinguir ambos reinos no se escandalizará de mi librito y entenderá bien los pasajes de la misericordia. El reino de Dios es un reino de gracia y de misericordia, no un reino de la ira y del castigo, donde sólo hay perdón, respeto, amor, servicio, beneficencia, paz y alegría, etc. El reino del mundo, en cambio, es un reino de la ira y de la severidad, pues en él hay castigo, resistencia, juicio y condena, para reprimir a los malos y proteger a los buenos, y por eso tiene también la espada y la lleva; el príncipe o el señor es llamado en la Escritura, *Isaías 14, 5*, cólera de Dios o castigo de Dios.

Así pues, los textos que hablan de la misericordia pertenecen al reino de Dios y entre los cristianos, no al reino del mundo; un cristiano no sólo ha de ser misericordioso, sino que ha de sufrir además toda clase de robos, incendios, asesinatos, demonio e infierno y, por supuesto, no ha de herir a nadie, no ha de matar ni tomar venganza. El reino del mundo, en cambio, que no es sino servidor de la cólera divina para los malos y un verdadero precursor del infierno y de la muerte eterna, no ha de ser misericordioso sino riguroso, severo e iracundo en su oficio y en su obra. Su instrumento no es el rosario o una florecita del amor sino la desnuda espada. La espada es un signo de la cólera, de la severidad y del castigo y sólo está dirigida a los malos, para castigarlos y mantenerlos sujetos y en paz, y para protección y salvación de los buenos; por esto, cuando Dios instituye la espada en la ley de Moisés, *Éxodo 21, 14*, dice: «has de quitar al asesino de mi altar» y no tendrás misericordia con él. Y la epístola a los hebreos reconoce que quien está contra la ley morirá sin ninguna misericordia, con lo que se está diciendo que la autoridad secular, en su propio oficio, no puede ni debe ser misericorde, si bien puede suspender su oficio por un acto de gracia.

Quien confunda estos dos reinos, como hacen nuestras bandas de falsos espíritus, colocaría la ira en el reino de Dios y la misericordia en el reino del mundo, lo cual sería situar al demonio en el cielo y a Dios en el infierno. Esto era lo que querían hacer esos campesinos. Querían arremeter con la espada al luchar por el Evangelio, como hermanos cristianos, y matar a otros cuando tenían que ser misericordiosos y pacientes. Ahora que el reino del mundo cae sobre ellos quieren que haya misericordia, es decir, no quieren tolerar el reino secular ni quieren que nadie disfrute tampoco del reino de Dios. ¿Podría pensarse algo más equivocado? No, amigos míos, si se ha merecido la cólera en el reino del mundo, aténgase a las consecuencias y sufra el castigo o pida clemencia humildemente. Los que están en el reino de Dios han de compadecerse de los demás y pedir por ellos. Pero sin impedirle al reino del mundo su derecho y su obra sino reivindicándolos.

Aunque esta severidad e ira del reino del mundo parece algo inmisericorde, si se la mira bien, es una parte y no la más pequeña, de la misericordia divina; que cada uno se lo piense y me diga su juicio sobre esto: si yo tengo mujer e hijos, casa y criados y si tuviera también bienes y cayera sobre mí un ladrón o un asesino y me matara en mi propia casa, deshonorara a mi mujer y a mis hijos, se llevara lo que tengo y, encima, hubiera de permanecer impune de modo que volvería a hacer lo mismo cuando quisiera, dime: ¿quién sería aquí más digno y necesitado de misericordia? ¿Yo o el ladrón y asesino? Sin duda, yo sería el más necesitado. Pero ¿cómo se podría manifestar esta misericordia en mí y en mis pobres y miserables mujer e hijos sino defendiéndonos de ese canalla y protegiéndome y salvaguardándome con el derecho o, en caso de no poder evitar que aquél continuara, dándole su merecido, es decir, castigándolo hasta que tuviera que desistir? ¡Qué bonita misericordia tendría yo si se fuese misericorde con el ladrón y asesino y a mí se me dejase asesinado, ultrajado y robado por él!

Los defensores de los campesinos no ven esta misericordia que gobierna y actúa en la espada secular; cierran los ojos y abren la boca sobre la ira y la severidad y dicen que cedemos, por debilidad, ante los sanguinarios príncipes y señores al enseñarles que castiguen a los malos; pero aquellos defensores ceden, por una debilidad diez veces mayor, ante los canallas asesinos y los malvados campesinos; son, incluso, asesinos sedientos de sangre con un corazón rebelde por cuanto no se compadecen en absoluto de aquellos a los que los campesinos subyugan, saquean, ultrajan y obligan a toda clase de fechorías; si el propósito de los campesinos hubiera prosperado, ningún hombre honesto habría podido permanecer seguro, pues cualquiera que hubiera tenido un céntimo más habría tenido que darlo, como ya han comenzado a hacer, y no se quedarían en eso. Habría que haber dado a la

mujer y a los hijos a toda clase de ultrajes, se habrían degollado entre ellos y no existiría paz ni seguridad alguna. ¿Se ha oído alguna vez algo peor educado que el pueblo y los locos campesinos cuando están satisfechos y consiguen el poder?; como dice Salomón en *Proverbios* 30, 31, 22, a esa gente no la puede soportar la tierra.

¡Y con esta gente habría que tener misericordia y dejar que hicieran los estragos que quisieran con el cuerpo, vida, mujer e hijos, honor y bienes de cualquiera y sin ningún castigo! ¡Y habría que dejar que los inocentes murieran ante nuestros ojos sin misericordia alguna, sin ayuda o consuelo! Oigo decir continuamente que a los campesinos de Bamberg<sup>4</sup> se les ofreció más de lo que habían solicitado, si se quedaban tranquilos, y no quisieron. El margrave Casimirus<sup>5</sup> les prometió a los suyos lo que otros habían conseguido con lucha y rebelión y quiso ofrecerlo por un acto de gracia, pero tampoco sirvió. Es bien conocido que los campesinos de Franconia no pretendían otra cosa, sino robar, incendiar, destruir y aniquilar por mera arrogancia. Yo mismo he experimentado<sup>6</sup> que, cuanto más se enseñaba y se advertía a los campesinos de Turingia, más tozudos, orgullosos y locos se volvían, y se pusieron tan arrogantes y altivos como si quisieran ser degollados sin gracia ni misericordia alguna y desafiaron la cólera de Dios con el mayor desdén y así les va ahora, como dice el *Salmo* 109, 17: «no quisieron la gracia, por eso se aleja bastante de ellos».

Por esto, la Escritura tiene finos y limpios ojos y mira rectamente la espada secular, que, por su gran misericordia, ha de ser inclemente y, por su bondad, ha de ejecutar la ira y la severidad; como dicen Pablo y Pedro es servidora de Dios para venganza, ira y castigo de los malos y para protección, alabanza y honor de los piadosos. A los buenos los mira y es misericorde con ellos y para que no les ocurra ningún mal los defiende, muerde, hiere, corta, pega, mata, como le ha ordenado Dios, servidora del cual se reconoce en ello. Que ahora los malos sean castigados sin compasión no ocurre porque se busque solamente el castigo de los malos y porque guste el derramamiento de sangre, sino para proteger a los buenos, mantener la paz y la seguridad que, sin duda, son preciosas obras de gran misericordia, de amor y de bondad, pues no hay cosa peor en la tierra que la discordia, la inseguridad, la opresión, la violencia, la injusticia, etc., ¿quién, efectivamente, podría o querría seguir viviendo si las cosas tuvieran que ser así? Por esta razón la ira y la severidad de la espada son tan necesarias en el pueblo como la comida y la bebida, incluso como la vida misma.

Bueno, dicen ellos, nosotros no hablamos de los campesinos contumaces que no quieren entregarse sino de aquellos que han sido derrotados o se han rendido. Con estos sí que habría que practicar la misericordia y no tratarlos con tanta violencia. Yo respondo que, entonces, tampoco eres fiel, pues criticas mi librito como si yo hablase de esos campesinos vencidos y que se han rendido cuando, en realidad, hablo claramente de aquellos a los que se han dirigido de una manera amistosa y no han aceptado. Todas mis palabras se dirigen contra los campesinos contumaces, obstinados y obcecados que no quieren ver ni oír lo que se puede tocar; tú dices que yo enseñe que mueran sin compasión los miserables campesinos hechos prisioneros. Si quieres leer los libros e interpretarlos a tu manera, ¿qué libro subsistirá ante ti? Lo que entonces escribí lo vuelvo a escribir ahora: que nadie tenga misericordia de los campesinos contumaces, obstinados y obcecados, que no se dejan decir nada; el que pueda, y como pueda, que les pegue, los hiera, los degüelle, los muele a palos, como a perros rabiosos, y todo esto para que se tenga misericordia de los que son arruinados, expulsados y perdidos por estos campesinos, con el fin de conservar la paz y la seguridad. Es mucho mejor cortar un miembro sin misericordia alguna que arruinar todo el cuerpo por el fuego o alguna plaga semejante. ¿Te gusta esto? ¿Soy todavía un predicador que enseña la gracia y la misericordia? Si para ti no lo soy, no me importa, pues eres un perro sanguinario y un asesino rebelde que estás destruyendo el país con estos locos campesinos, a los que defiendes hipócritamente en su rebelión.

Dicen además que los campesinos todavía no han matado a nadie mientras que a ellos sí se les está matando. Amigo mío, ¿que hay que decir a esto? Qué respuesta tan bonita es ésta de que no mataron a nadie, esto es, había que hacer lo que ellos quisieran y amenazaban con la muerte a quienes no quisieran irse con ellos y empuñaron la espada que no les correspondía, y asaltaron los bienes, las casas y las propiedades. Según esto, tampoco sería un ladrón o asesino quien con amenazas de muerte me arrebatara lo que quisiera. Si hubieran hecho lo que les pedían amigablemente, no se les habría

---

<sup>4</sup> El obispo de Bamberg firmó un acuerdo con los campesinos, según el cual autorizaba la convocatoria de una dieta provincial para atender las reivindicaciones de los campesinos; éstos no respetaron el acuerdo.

<sup>5</sup> El margrave Casimirus von Brandenburg-Ansbach había tenido una asamblea en Ansbach, haciendo concesiones a los campesinos.

<sup>6</sup> Lutero, a comienzos de mayo de 1525, hizo un viaje a Turingia, predicando a los campesinos en Stolberg y Nordhausen.

dado muerte, pero, como no quisieron, fue justo hacer con ellos lo que ellos habrían hecho y aquello con lo que amenazaban a los que no querían. Son, además, abiertamente desleales, perjuros, desobedientes, ladrones rebeldes, asesinos y blasfemos contra Dios y no hay ninguno entre ellos que no haya merecido la muerte diez veces sin ninguna misericordia. Sólo se quiere mirar, con malicia, el daño que produce el castigo y no se quiere ver la culpa, la responsabilidad, los daños indecibles y la ruina que se habrían seguido inevitablemente. Si te duele el castigo, abandona la maldad, como responde también Pablo en *Romanos* 13, 3 y s.: «si no quieres tener temor a la espada, haz el bien. Pero si haces el mal, témela», etc.

En tercer lugar, dicen que los señores abusan de su espada y matan con demasiada crueldad, etc. Yo respondo: ¿qué tiene que ver esto con mi librito? ¿Por qué me cargas a mí con culpas ajenas? Si abusan del poder, eso no lo han aprendido de mí y encontrarán su merecido, pues el juez supremo que castiga a los arrogantes campesinos por medio de ellos no los ha olvidado y tampoco se le escaparán. Mi librito no dice lo que merecen los señores, sino lo que merecen los campesinos y cómo se les ha de castigar; con esto no he adulado a nadie. Si hay tiempo y ocasión para hacerlo atacaré también a los príncipes y señores, pues por lo que respecta a mi oficio de enseñar tanto vale un príncipe como un campesino; verdaderamente he merecido de ellos que no me tengan demasiado aprecio, aunque tampoco me importa. Yo tengo un señor que es más grande que todos ellos, como dice S. Juan.

Si se hubiera seguido mi consejo al principio, cuando comenzaba la rebelión, y se hubiera decapitado a un campesino o a cien de manera que los demás hubieran sentido el choque y no se les hubiera dejado crecer tanto, se habrían preservado a muchos miles de campesinos que ahora han tenido que morir y que se podrían haber quedado en casa; esto habría sido una misericordia necesaria con poca ira, mientras que ahora se ha tenido que emplear esta gran severidad para dominar a tantos.

Pero así se ha cumplido la voluntad de Dios a fin de enseñarnos en ambas partes. En primer lugar, para que los campesinos aprendieran que habían sido demasiado felices y no querían soportar buenos días en paz para que en lo sucesivo aprendan a dar gracias a Dios cuando tienen que entregar una vaca para poder disfrutar en paz de la otra, pues siempre es mejor poseer la mitad de los bienes en paz y seguridad que poseer todos los bienes en peligro continuo entre ladrones y asesinos, no teniendo los en realidad. Los campesinos no sabían qué cosa tan preciada es la paz y la seguridad, cuando uno puede disfrutar su comida y su bebida alegremente y con seguridad, y no le daban las gracias a Dios por ello; Dios tuvo que enseñárselo ahora de esta manera para que perdieran el prurito. Para los señores fue también de utilidad saber lo que se esconde en el pueblo y qué confianza podían depositar en él, para que, en lo sucesivo, aprendan a gobernar rectamente y cuidar el país y sus caminos. Ya no existía gobierno ni orden. Todo estaba abierto y era superfluo, pues tampoco había en el pueblo respeto ni temor. Cada cual hacía lo que quería. Nadie quería dar nada y, sin embargo, querían vivir disipadamente, emborracharse, vestirse y estar ociosos, como si todos fueran señores. El burro pide palos y el pueblo quiere que se le gobierne con fuerza; esto lo sabía muy bien Dios y por eso puso en manos de la autoridad no la cola de zorro, sino una espada<sup>7</sup>.

Otro argumento, no el menos importante, con el que exageran es éste. Dicen que entre los campesinos hubo mucha buena gente que llegó a la rebelión inocentemente y que se vio obligada a hacerlo, y que se comete una injusticia con ellos, ante Dios, si se les juzga de esa manera. Respondo: se habla de estas cosas como si jamás se hubiera oído la palabra de Dios, por lo que he de responderles como si todavía fueran niños o paganos, ya que con tantos libros y predicaciones no se ha conseguido nada absolutamente entre esta gente. Digo, en primer lugar, que no se comete injusticia con aquellos que fueron obligados a la rebelión por los campesinos. Ningún cristiano ha permanecido entre ellos y tampoco fueron inocentes a ella, como pretextan. Puede parecer, efectivamente, que se les hace una injusticia. Pero no es así. Dime, si no, querido amigo, ¿qué clase de disculpa es ésta: que alguien te mate a tu padre y a tu madre, ultraje a tu mujer e hijos, incendie tu casa y te arrebatte tu dinero y tus bienes y, luego, diga que tuvo que hacerlo, que fue obligado a hacerlo?

¿Quién ha oído alguna vez que se pueda obligar a alguien a hacer el bien o el mal? ¿Quién puede constreñir la voluntad humana? Oh, nadie. Tampoco suena que se diga: tengo que hacer un mal y se me obliga a ello. Negar a Cristo y a la palabra de Dios es un gran pecado e injusticia. Y muchos son constreñidos a ello, pero ¿crees tú que con eso están disculpados? Asimismo hacer una rebelión, desobedecer a la autoridad, ser infiel y pérfido, robar e incendiar, son una gran injusticia y algunos campesinos han sido obligados a hacer esas cosas, pero ¿de qué les sirve eso? ¿Por qué se dejan coaccionar? Bueno, dicen ellos, es que me amenazan con quitarme la vida y mis bienes. ¡Ah!, querido

---

<sup>7</sup> La cola de zorro se utilizaba para limpiar el polvo.

amigo, para conservar la vida y los bienes, ¿quieres transgredir el mandamiento de Dios, degollarme a mí, deshonorar a mi mujer y a mis hijos? ¿Qué nos va a Dios y a mí eso? ¿Querías que yo te hiciese lo mismo? Si los campesinos te hubieran coaccionado, atándote las manos y los pies y llevándote a la fuerza con ellos, y tú te hubieras defendido de palabra, reconviniéndolos por lo que te estaban haciendo, es decir, si hubieras manifestado tus sentimientos y hubieras mostrado que no lo hacías a gusto ni lo estabas consintiendo, habrías mantenido tu honor y, aunque te hubieran coaccionado con el cuerpo, tu voluntad habría quedado libre. Como ahora callas y no los recriminas, incluso sigues con la masa y no manifiestas tu desaprobación, ya de nada te sirve; ya ha pasado demasiado tiempo para querer ahora manifestar tu desaprobación, pues antes deberías temer y atender el mandato de Dios que el de los hombres, aun cuando, por esa causa, te expusieras al peligro y a la muerte. Dios no te habría abandonado, te habría asistido fielmente, te habría ayudado y salvado. Por lo tanto, así como se condenan los que reniegan de Dios, aunque sean coaccionados, tampoco se salvan los campesinos que se hayan dejado constreñir.

Si valiera esta excusa, no se podría castigar ningún pecado ni ningún vicio, pues ¿hay, acaso, algún pecado al que no impulse, incluso fuerce, el demonio, la carne o el mundo? ¿No crees que, a veces, un apetito pecaminoso incita al adulterio con tal ardor y vehemencia que se podría decir que es un impulso y una coacción mayores que los que mueven a los campesinos a la rebelión? Pues, ¿quién es dueño del corazón? ¿Quién puede resistir al demonio o a la carne? Ni siquiera nos es posible resistirnos al pecado mas pequeño, pues, como dice la Escritura, estamos prisioneros del diablo como nuestro príncipe y Dios y hacemos lo que él quiere y nos dicta, como demuestran a veces algunos horribles acontecimientos. ¿Habría de quedar por esto impune y habría de ser justo? En absoluto. Lo que hay que hacer es invocar a Dios y resistir al pecado y a la injusticia; si mueres o sufres por esta causa, dichoso eres tú y tu alma, honrado hasta lo sumo ante Dios y el mundo. Si, en cambio, cedés y lo sigues, vas a morir igualmente pero con oprobio ante Dios y ante el mundo, por haberte dejado coaccionar a hacer el mal. Te sería mejor morir con honor y bienaventuranza, para alabanza de Dios, que tener que morir igualmente pero con vergüenza, para castigo y tormento tuyo.

Si dices: señor Dios, ¿quién sabía estas cosas?, yo digo también: señor Dios, ¿qué le voy a hacer? La ignorancia no excusa. ¿No ha de saber el cristiano lo que tiene que saber? ¿Por qué no lo aprende? ¿Por qué no se mantiene a buenos predicadores? Se quiere ser ignorantes intencionadamente. El Evangelio ha llegado a tierras alemanas y muchos lo persiguen, pocos lo desean y muchos menos lo aceptan, y los que lo aceptan se muestran así de dejados y perezosos, dejan que desaparezcan escuelas, que queden vacantes parroquias y púlpitos, nadie piensa en conservarlo y en enseñarlo a la gente y nos hacen aparecer como si fuera un sufrimiento para nosotros aprender algo o como si no nos gustara saber nada. ¿Qué hay, pues, de extraño en que Dios nos visite y nos deje ver su instrumento para castigar el desprecio al Evangelio, del que todos somos culpables, aunque algunos seamos inocentes de la rebelión —si bien hemos merecido cosas peores—, a fin de amonestarnos y enviarnos a la escuela para que, de una vez, lo aprendamos y lo sepamos?

¿Qué hay que hacer en el curso de las guerras en que, junto al culpable, es también arrebatado el inocente, incluso nos parece que son los inocentes los más afectados, pues se producen viudas y huérfanos? Estas son plagas que Dios nos envía y, por otra parte, están bien merecidas; en realidad uno ha de sufrir a causa de los otros, si queremos vivir juntos. Como dice el refrán, uno es culpable del incendio de su vecino. Quien quiera estar en la comunidad ha de padecer y soportar las cargas, los peligros y los perjuicios de la comunidad, aun cuando no haya sido él quien los ha causado sino su vecino, de la misma manera que disfruta de la libertad y del cobijo de la comunidad, aun cuando no los haya logrado él ni los haya realizado. Con Job debe aprender a cantar y a consolarse: «si hemos recibido bienes de Dios, ¿por qué no habríamos de soportar también los males?». Tantos días buenos bien merecen una hora mala y tantos años buenos también merecen un día o un año malos. Durante mucho tiempo hemos tenido paz y días buenos hasta que nos hicimos insolentes y voluptuosos y no sabíamos ya qué eran la paz y los días buenos y tampoco dábamos las gracias a Dios por esas cosas; ahora tenemos que aprenderlo.

Sí, abstengámonos de estas quejas y murmuraciones y demos gracias a Dios porque no nos ha sobrevenido por su bondad y misericordia una desgracia mayor, que el diablo intentaba producir a través de los campesinos, como hizo Jeremías que, cuando los judíos fueron desterrados, hechos prisioneros y muertos, se consoló diciendo: es por la gracia y por la bondad de Dios por lo que no hemos sido exterminados por completo. Y nosotros, los alemanes, que, siendo mucho peores que los judíos no hemos sido desterrados ni degollados como ellos, queremos ser los primeros de todos en murmurar, en impacientarnos, en justificarnos y en no permitir que una parte de nosotros muera para

que Dios no se irrite más, no nos deje sucumbir, no retire su mano y no nos entregue al demonio. Nos comportamos como suelen hacer los alemanes insensatos que no saben de Dios y hablan de estas cosas como si no existiera un Dios que hace estas cosas y que quiere que se hagan; y no piensan en sufrir nada en absoluto, sino en ser señores que se sientan sobre almohadas y a quienes les gusta actuar según su capricho.

Tendrás que haberte dado buena cuenta de que si hubiera prosperado este asunto diabólico de los campesinos y no lo hubiera frenado Dios con la espada por las oraciones de los cristianos piadosos, habría ocurrido en todos los territorios alemanes lo que ahora les está pasando a los que son acuchillados y muertos; incluso habría ocurrido algo mucho peor, pues nadie habría quedado seguro ante los demás, cada uno habría degollado al otro, habría incendiado su casa y su granja y habría deshonrado a su mujer e hijos; Dios no había iniciado este asunto, no había ningún orden y entre ellos mismos ya nadie se fiaba ni confiaba en los demás, destituían a un jefe tras otro y las cosas no tenían que ir como querían las gentes honestas, sino como querían los más canallas de todos, pues el demonio tenía la intención de destruir totalmente Alemania, ya que, de lo contrario, no podía obstaculizar al Evangelio. ¿Quién sabe lo que sucederá todavía si seguimos murmurando y somos desagracedidos? Dios bien puede permitir que los campesinos enloquezcan otra vez o que ocurra algo peor que lo actual. Me parece que ha sido una buena y fuerte advertencia y amenaza; si no la tenemos en cuenta y no tememos a Dios, veremos qué nos sucede, pues esto no ha sido ninguna broma y lo serio viene después.

Por último, se me podría decir: tú mismo enseñas la rebelión porque dices que quien pueda ha de golpear sin dilación y matar a los rebeldes. Dices que en ese caso cada uno es juez supremo y verdugo. A esto respondo: mi librito no ha sido escrito contra los malhechores ordinarios, sino contra los rebeldes. Al rebelde has de situarlo lejos, lejos del asesino o del ladrón o de cualquier otro malhechor. Un asesino u otro malhechor deja subsistir la cabeza y la autoridad, sólo ataca a sus miembros o a sus bienes; incluso teme a la autoridad. Como la cabeza subsiste, nadie ha de atacar a semejante asesino porque aquélla puede castigarlo; es preciso esperar al juicio y a la orden de la cabeza, a quien Dios encomendó la espada y el oficio de castigar. El rebelde, por el contrario, ataca a la cabeza misma, le ataca su espada y su oficio; su delito no puede compararse con el del asesino, pues aquí no se puede esperar a que la cabeza dé su orden y su sentencia, ya que no puede al estar detenida y vencida. Quien pueda ha de correr, sin ser llamado y sin haber recibido órdenes, y, como miembro fiel, ayudar a salvar la cabeza pinchando, golpeando, degollando y poniendo a disposición de ella su vida y sus bienes.

Ilustraré esto con un ejemplo basto: si yo fuese criado de un señor y viese que su enemigo arremete contra él con la espada desnuda y yo, aun pudiéndolo defender, me quedara quieto y permitiese que lo degollasen tan ignominiosamente, dime qué dirían de mí, Dios y el mundo. ¿No dirían, con justicia, que soy un miserable bellaco y traidor y que, con toda certeza, estaba confabulado con el enemigo? En cambio, si yo acudo y salto entre el enemigo y mi señor y cubro con mi cuerpo a mi señor y mato al enemigo, ¿no será ésta una acción honrosa y excelente, que sería alabada ante Dios y ante el mundo?, y, si yo mismo muero, ¿podría morir de manera más cristiana?, pues moriría en un servicio justo a Dios, en cuanto a la obra en sí se refiere; si, además, tuviera fe, sería un verdadero y santo mártir de Dios.

Si intentara disculparme diciendo que yo estaba quieto hasta que mi señor me llamara, ¿qué haría esta excusa sino hacerme doblemente culpable y digno de que cualquiera me maldijera como a alguien que, encima, hace bromas con esta mala acción? ¿No alabó esto el mismo Cristo en el Evangelio y no consideró justo que los criados lucharan por sus señores al decirle a Pilatos: si mi reino fuera de este mundo, mis servidores lucharían por mí para no ser entregado a los judíos?<sup>8</sup> Ahí ves que es justo para Dios y para el mundo que los criados lucharan por su señor; ¿qué sería, si no, del gobierno secular? Mira, el rebelde es un hombre así, es un hombre que arremete contra la cabeza y contra el señor con la espada desnuda; en este caso no hay que esperar a que el señor llame; por el contrario, el primero que pueda ha de acudir y, sin ser llamado, matar a ese bribón y no ha de preocuparle si está cometiendo un asesinato; está oponiéndose a un archiasesino que quiere asesinar a todo el país. Es más, si el criado no apuñala y mata, si deja que apuñalen a su señor es también él mismo un archiasesino. El ha de pensar que, como su señor yace en tierra y está sufriendo, él es señor, juez y verdugo en este caso, pues la rebelión no es ninguna broma, no existiendo en la tierra ningún crimen igual; los otros crímenes son actos individuales, la rebelión es el diluvio de todos los crímenes.

---

<sup>8</sup> Vid. *Juan* 18, 36.



A mí me llaman clérigo y desempeño el ministerio de la palabra, pero si fuera criado de un señor, incluso de un turco, y lo viera en peligro, olvidaría mi oficio eclesiástico y apuñalaría y golpearía sin dudar mientras tuviese sangre en mis venas; si me apuñalaran a mí, con esta acción iría derecho al cielo<sup>9</sup>. La rebelión no merece ningún juicio ni gracia; se da entre paganos, judíos, turcos, cristianos o dondequiera que sea; pero ya está interrogada, juzgada y sentenciada y entregada a la muerte en manos de cualquiera; por esto, aquí ya no hay otra cosa que hacer sino degollar cuanto antes al rebelde y darle su merecido. Un asesino no hace ni merece un mal semejante, pues el asesino comete un crimen punible pero dejando subsistir la pena; el rebelde quiere cometer un crimen libre e impune, atacando a la pena misma. Además, en estos tiempos le hace mala fama al Evangelio entre sus enemigos, que culpan al Evangelio de la rebelión y abren su infame boca para blasfemar, aunque esto no los excusa, pues saben muy bien que las cosas son de otra manera. Cristo los alcanzará también en su momento.

Dime ahora si yo tenía razón o no al escribir en mi librito que se apuñalara a las rebeldes sin misericordia alguna. Pero yo no enseñé que no se tuviera misericordia con los prisioneros y con los que se rindieran, como se me culpa, pues mi librito muestra efectivamente otras cosas. Asimismo, tampoco quise apoyar con mis palabras a los furiosos tiranos ni alabar su saña y oigo que algunos de mis señoruelos tratan con excesiva crueldad a las pobres gentes, mostrándose arrogantes y altivos como si hubieran obtenido la victoria y estuviesen seguros. Estos tiranos, sin embargo, no buscan castigar ni corregir la rebelión, sino que dan rienda suelta a su rabiosa arrogancia y descargan su cólera, que quizá hayan aguantado mucho tiempo, creyendo haber logrado ahora el derecho y la ocasión para ello. Se oponen ahora particularmente al Evangelio con atrevimiento, quieren establecer nuevos cabildos y conventos, quieren conservar al papa su tiara y mezclan nuestra causa con los rebeldes. Pronto cosecharán lo que ahora siembran, pues el que está sentado en lo alto los está viendo y llegará antes de que vuelvan la cabeza. Yo sé que fallarán en su propósito, como han fallado hasta ahora.

He escrito también en ese mismo librito que estos tiempos son tan extraños que se puede ganar el cielo asesinando y derramando sangre. ¡Que Dios nos ayude! ¡Cómo ha podido Lutero olvidarse de sí mismo, él, que, hasta ahora, había enseñado que la salvación y la gracia se obtenía por la sola fe y no por las obras! ¡Y aquí atribuye la salvación no ya a las obras, sino a la terrible obra de derramar sangre! ¡Eso sí que es el Rin en llamas!<sup>10</sup> Dios mío, con qué minuciosidad se me examina, cómo se me acecha, y todo en vano. Yo espero que se me permita el uso de las palabras y el modo de hablar que emplea el hombre común y también la Escritura. ¿No dice Cristo en *Mateo* 5, 3 y s.: «bienaventurados los pobres porque de ellos es el reino de los cielos» y «bienaventurados sois cuando padecéis persecución porque vuestro premio es grande en el cielo»? ¿Y en *Mateo* 25, 35 y s., no premia las obras de misericordia, etc., y en otros muchos pasajes similares? Y, sin embargo, sigue siendo verdad que, ante Dios, no cuentan las obras sino sólo la fe. Sobre cómo es esto así he escrito muchas veces y particularmente en el *Sermón sobre las riquezas injustas*<sup>11</sup>; quien no quiera contentarse con esto, que siga su camino y se escandalice toda su vida. Con relación a que he valorado tanto la obra de derramar sangre, mi librito muestra en el mismo sitio, con abundancia, que hablaba de la autoridad secular cristiana y que desempeña su oficio cristianamente, en especial cuando va a luchar con las bandas rebeldes. Si estas autoridades no actuaron bien al derramar sangre, desempeñando su oficio, tampoco habrían actuado bien Samuel, David y Sansón, pues castigaron a los malhechores y derramaron sangre. Si no es bueno ni justo que se derrame sangre, ¡bien!, que se deje a un lado la espada y seamos hermanos libres para hacer lo que nos guste. Yo os pido a vosotros y a todo el mundo encarecidamente que leáis mi librito rectamente y no paséis sobre él tan superficialmente; entonces se verá que yo, como corresponde a un predicador cristiano, sólo he adoctrinado a la autoridad cristiana y piadosa; digo por segunda y tercera vez que escribí sólo para la autoridad que quería proceder cristianamente o, al menos, honestamente; escribí para instruir sus conciencias en este asunto, es decir, que habían de golpear sin dilación a las bandas rebeldes, sin mirar si daban a culpables o inocentes y que no habían de hacerse cargos de conciencia si golpeaban a inocentes, pues esto habían de reconocerlo como un servicio debido a Dios; también les escribí que, si ganaban, habían de mostrar gracia no sólo con los inocentes, como hicieron, sino también con los culpables.

Yo no me propuse, en cambio, instruir a los tiranos rabiosos, enfurecidos y locos que, aun después de la batalla, no se sacian de sangre y que no se ocupan de Cristo en toda su vida, pues a estos

<sup>9</sup> Literalmente: iría de la boca al cielo. Alusión a que el alma, en el momento de la muerte, abandona el cuerpo por la boca.

<sup>10</sup> Locución proverbial: algo increíble y extraordinario.

<sup>11</sup> El sermón lo pronunció Lutero en 1522, texto en WA 10, 273 y ss.

perros sanguinarios lo mismo les da degollar a inocentes que a culpables, agrade a Dios o al diablo; tienen la espada para satisfacer solamente sus deseos y su malicia; a éstos les dejo que su maestro, el diablo, los guíe como quiera. He oído que en Mühlhausen uno de esos tipos arrogantes llamó a la pobre mujer de Thomas Müntzer, viuda y embarazada, y, poniéndose de rodillas delante de ella, le dijo: querida señora, déjame que te<sup>12</sup>... ¡Oh, qué acción tan caballerosa y tan noble, perpetrada en un pobre mujercita, abandonada y embarazada! ¡Ese sí que es un héroe intrépido que vale por tres caballeros! ¿Qué podría escribirles yo a esos sinvergüenzas y cerdos? A gentes así los llama la Escritura bestias, es decir, animales salvajes como lo son los lobos, los jabalíes, los osos y los leones; tampoco yo quiero considerarlos seres humanos. Pero, a pesar de ello, hay que sufrirlos si Dios quiere castigarnos mediante ellos. Ambas cosas me han preocupado: si los campesinos se convertían en señores, el diablo sería el abad, pero si gobernaban esos tiranos sería abadesa la madre del diablo. Por esto, yo hubiera querido ambas cosas, haber calmado a los campesinos y haber instruido a la autoridad honesta. Los campesinos no quisieron y ya tienen su recompensa. Esos otros tampoco quieren escuchar, ¡pues bien!, también tendrán su recompensa, aunque sería una pena que los asesinaran los campesinos; sería un castigo demasiado leve; su recompensa para toda la eternidad será el fuego del infierno, el temblar y crujir de dientes en el infierno, si no se arrepienten.

Esto es, mi señor y amigo, lo que quería responder a vuestro escrito. Espero haber hecho más que suficiente, pero si alguien encuentra mi respuesta insuficiente, que sea él sabio e inteligente, piadoso y santo en el nombre de Dios, y me deje a mí seguir siendo loco y pecador, aunque eso sí, quisiera que me dejaran en paz, pues no me convencerán. Lo que escribo y enseño permanecerá como justo aunque el mundo reviente; si alguien aparenta extrañeza, también la aparentaré yo y veremos quién tiene la razón al final. Adiós y dígame a Conrado que procure acertar y que se acueste en la cama verdadera<sup>13</sup>. Que también el tipógrafo evite su error en el futuro y no os llame *Cantzeller*<sup>14</sup>. Amén.

---

<sup>12</sup> Lutero escribió N. en vez de la palabra probablemente obscena.

<sup>13</sup> Sobre *Conrado*: la edición de Weimar (vol. 18, 401) entiende que bajo Conrado no hay una alusión a una persona histórica, sino, quizá, a una figura popular, como *Kunrad* en la canción *Schreiber im Korb*: Kunrad quería dormir con una doncella y se dejaba subir en una cesta hasta la ventana, pero con la mala suerte de llegar hasta el tejado y caer luego al suelo; según eso, las palabras de Lutero deberían significar que Conrado debería acertar la cama, es decir, ser más prudente. Pero, quizá, Konrad se refiere al nombre *Armer Konrad* bajo el que un grupo de campesinos se levantó contra el duque de Württemberg en 1514. En este sentido, Lutero estaría lanzando un aviso indirecto a los campesinos para que fueran más prudentes y no querer nada inaudito.

<sup>14</sup> Ironía respecto a la queja de Caspar Müller por una falta de imprenta: habían escrito su título como *Cantzeller* en vez de *Canzler*.